

# Los activistas rancios

POR LUISGÉ MARTÍN

El activismo ha pasado de moda. Militar en organizaciones gays reivindicativas es algo que solo hacen los feos o los perturbados. Salir del armario innecesariamente en el trabajo, en la comunidad de vecinos o en el entorno social es propio de pendencieros, de gente que disfruta complicándose la vida y se regodea en la bulla. Y escribir artículos como el que yo voy a escribir ahora –con la frivolidad contenida– es rancio y resentido. Ya veníamos barruntando desde hace mucho que estos tiempos llegarían.

Hace unos meses, en la semana del Orgullo, escuché a varios gays quejarse con hartazgo de la monserga reivindicativa de las fechas. “Este año tocan las escuelas sin armarios y el año que viene tocarán los asilos de jubilados, qué coñazo”, decía uno con fastidio. Y hace unos días he sabido que la asociación deportiva gay a la que pertenece mi marido, el grupo de tenis Madpoint, ha decidido –por activa, no por pasiva– organizar ningún tipo de acto para colaborar en el Día Internacional contra la Homofobia, que se celebra el 17 de mayo, tal y como habían planteado hacer coordinadamente otros grupos semejantes. Debo aclarar que con la palabra ‘acto’, en este contexto y en 2009, no nos estamos refiriendo a manifestaciones callejeras, encierros en locales públicos, sabotajes, encadenamiento a monumentos, secuestro de autoridades o huelgas de hambre. No: habría bastado con organizar una jornada tenística especial y pelotear un poco, luciendo camisetas *fashion* y bebiendo refrescos isotónicos. Han decidido no hacerlo por principios: en sus estatutos figura que la asociación no tiene ningún propósito reivindicativo.

El asunto me parece tan indescifrable como el misterio de la Santísima Trinidad: ¿Cómo es posible constituir una asociación gay con prohibición expresa de la reivindicación, por liviana que sea? No hay que exigirle a todo el mundo que sea un activista, por supuesto. Para serlo hay que tener un coraje especial, un determinado tesón y una disposición que solo algunos tienen. Pero negar preventivamente la reivindicación en una asociación gay es como formar un club de ajedrecistas con el único fin de ir juntos al fútbol los domingos o hacerse cristiano para salir de acampada con los grupos de catequesis.

El activismo no está de moda tal vez porque algunos piensan que ya no hace falta reivindicar nada, que los derechos ya se han conseguido y que cualquier voz que se siga alzando acabará pareciendo pelma, impertinente y enojosa. Pero en estos últimos días, sin necesidad de hurgar en hemerotecas, hemos sabido que los curas irlandeses pederastas –que se dice ‘efebófilos’ en latín sacramental– han estado ocultando los abusos y paseando a los curas perverti-

dos de parroquia en parroquia para evitar el escándalo. Hemos sabido que a los homosexuales de Suecia –ese país que era modélico en todo antes de que se publicaran las novelas de Stieg Larsson– solo les permitirán donar sangre si juran antes haber sido castos durante al menos un año. Hemos sabido que el Senado de Nueva York ha vuelto a echar atrás una ley de matrimonio homosexual y que a dos argentinos que iban a casarse en Buenos Aires se les ha estropeado la fiesta porque alguien ha presentado en el último momento un recurso. Y hemos oído a un obispo mexicano decir que a los homosexuales hay que respetarlos pero que, pase o no pase el camello por el ojo de la aguja, ellos no entrarán en el Reino de los Cielos.

Estos días, además, hemos podido ver en televisión la última campaña de Iberdrola, que tal vez sea más pestífera que todas las declaraciones de la curia romana. En un prado verde muy ecológico, se nos muestra a un presentador y a una mujer que lee plácidamente en un sillón. El presentador les explica a los espectadores que la compañía va a dar algo *puki nuki* o *raca raca*, pero la mujer sigue leyendo sin inmutarse. Por fin, el presentador anuncia que la compañía va a dar algo gratis, y la mujer abandona entonces el libro, le mira con júbilo, corre a abrazarle y le besa en la mejilla. Hay otra versión idéntica del spot, que se emite alternativamente, en la que quien lee no es una mujer, sino otro hombre, y cuando el presentador anuncia la oferta gratis, ese hombre abandona también la lectura y le mira también con júbilo, pero en lugar de correr a abrazarle y besarle, como la mujer, trota un poco y levanta los brazos. ¿Habría sido una mariconada abrazarle? Es evidente que eso es lo que creyó el director de la campaña, que a lo mejor en su vida personal es un hombre tolerante y juicioso. O incluso gay. “Si dos hombres se abrazan en nuestro spot, los machos de España van a cambiarse a Endesa”, debió de pensar.

El activismo no está de moda, pero mientras el mundo siga siendo tan tortuoso habrá que seguir celebrando el 17 de mayo. E incluso yo, que no he cogido una raqueta desde hace treinta años, estoy dispuesto a jugar un partido de tenis para hacerme oír.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).**